

presion y la atestiguan, pues Pio IX es, entre todos los vivientes, á quien el mundo vé mas de cerca. El ha acogido á innumerable multitud de individuos de todas regiones, edades y categorías, conversando con ellos, y dejándoles extasiados y aromatizados con su suavidad. Aquella paciencia que todo lo escucha, aquella inteligencia que todo lo comprende, disponen de una memoria que no olvida un solo incidente, una sola fisonomia. Se recuerda del pobre, del mendigo, del esclavo, y los consuela. Su gravedad sonríe convenientemente; con facilidad se enternece; habla de los hombres sin aspereza, evitando citar nombres que tendria que vituperar. Cuando se defiende de ellos, su lenguaje respira compasion. Al caracterizar la accion mala, sufre, por la terrible responsabilidad del pecador, y conócese que su corazon desearia absolver.

«Esa mansedumbre, sin embargo, puede trocarse en la severidad del príncipe, del doctor y del juez. El pueblo bajo lo ignora; pero lo experimentaron varios grandes, pues vióse á elevados personajes salir de la presencia de Pio IX aterrizados. Mas ese vigor es raro, necesita ser impuesto por la necesidad. La bondad rebosa, y para con los humildes llega hasta el agasajo: *Pater pauperum*. Ese es uno de los títulos de Jesús. Los hospitales de la ciudad vieron mas de una vez al Sumo Pontífice junto al lecho de los enfermos ejerciendo las funciones de mero sacerdote. En la época del cólera oyó en confesion y recibió el último suspiro de un pobre á quien nadie asistia; tan crecido era el número de enfermos. ¿Y necesitaremos decir que el Sumo Sacerdote no se exime de ninguna obligacion de los fieles; que es humilde, benigno, paciente, caritativo, resignado; que su vida es una continua penitencia y un perpétuo trabajo?»

»En la noche del mismo día de su exaltacion, Pio IX notificó á sus hermanos la nueva, por medio de la siguiente carta:

»Roma 16 de Junio á las once y tres cuartos de la noche.

«El buen Dios, que humilla y exalta, se ha dignado elevarme de la nada á la mas sublime dignidad del mundo. ¡Cúmplase siempre su Santísima voluntad! Siento el inmenso peso de tal cargo, siento igualmente la insuficiencia extrema, por no decir la



absoluta nulidad de mis fuerzas. Gran motivo para orar; y vosotros tambien orad por mí. El cónclave ha durado cuarenta y ocho horas. Si la ciudad quiere hacer en estas circunstancias una demostracion pública, tomad las medidas necesarias. Mi vivo deseo es que la suma que para ello se destine, se emplee en algun objeto de utilidad general, segun acuerden los jefes de la ciudad. En cuanto á vosotros, amados hermanos, os abrazo de todo corazon en Jesucristo, y léjos de regocijaros, tened compasion de vuestro hermano que os dá á todos su bendicion apostólica.»

»El advenimiento de Pio IX al trono Pontificio es el grande acontecimiento del siglo XIX, de este siglo tan fecundo en hechos memorables, que ha visto nacer tantas revoluciones, caer tronos, hundirse dinastías y que se ha hecho memorable por grandes inventos y adelantos en las ciencias.

El 21 de Junio, esto es, cuatro dias despues de su elevacion, Pio IX fué coronado en la basílica de San Pedro. Para celebrar este acontecimiento el Papa hizo distribuir cincuenta y tres dotes de cincuenta escudos romanos á las cincuenta y tres parroquias de Roma y de sus extramuros, y mil dotes de á diez escudos en las provincias de los Estados pontificios, distribuyendo al mismo tiempo en limosnas seis mil escudos romanos, añadiendo á estas obras de misericordia el redimir de su propio peculio todos los objetos depositados en el Monte de Piedad pertenecientes á los pobres.

»El pueblo que habia organizado grandes ovaciones, hacia llegar á los oidos del Santo Padre, sus vivos deseos de que concediese una amnistía á favor de los reos políticos desterrados ó presos por su predecesor Gregorio XVI. Pio IX se mostró generoso de concederla, pues no otra cosa deseaba que el bien de sus amados súbditos.

«Grande fué el efecto que la amnistía produjo en Europa, dice M. Belleydier. Una prueba manifiesta de ello, se halla en el despacho dirijido el 5 de Agosto siguiente al conde Rossi, por una persona cuyo solo nombre es una autoridad, y cuya opinion es una potencia. Mr. Guizot era entonces en Francia el ministro de negocios extranjeros. He aquí lo que escribia á su embajador.

«Cuanto referís de lo que pasó en la primera audiencia que os

concedió Su Santidad, prueba la rectitud, juicio y elevacion de alma con que el papa desempeña su posicion, y hasta que punto conoce los tiempos en que Dios le ha llamado á llenar su doble calidad de Jefe de la Iglesia católica, y de soberano de sus Estados: mision que si fué admirable en todos tiempos, es sublime en nuestros dias, tras las tempestades que han asaltado la religion, y cuando se trata de devolver á esta última el saludable imperio que siempre debe ejercer en la sociedad, sean cuales fueren los cambios que se operen en el espíritu de los hombres y en el órden interior de los Estados.

«La amnistía que Su Santidad ha publicado el 16 de Julio, ha robustecido las esperanzas que se concibieron á su advenimiento, y ha inaugurado gloriosamente su reinado. Aprovechad la primera ocasion que se ofrezca para presentar á Su Santidad las felicitaciones mas vivas y mas sinceras del rey y de su gobierno, no solo por lo que mira al objeto del pensamiento que ha inspirado este grande acto de clemencia, si que tambien por el caracter y el estilo que se notan en este decreto. Desde el principio al fin, campea una majestad llena de dulzura; se hallan maravillosamente reunidas, la dignidad del soberano que perdona á sus descarriados súbditos, y la emocion de un padre amante, que abre los brazos á sus hijos.

«Este acto ha producido en todo el mundo, y sobre todo en Francia, un efecto excelente; no solo por que se admira en él, al Pontífice que con un solo rasgo ha sabido dispensar un beneficio tan grande, sino aun mas porque con tal medida y con el modo de publicarla, puede juzgarse del caracter y de la marcha de todo un reinado. En este mismo acto se reconoce el prelude de otros que satisfarán la opinion pública sin debilitar la autoridad, etc., etc.»

«Desde los primeros dias de su pontificado, Pio IX abrió las puertas de su palacio. Representante de Dios soberanamente bueno, que se comunica incesantemente con los hombres de paz y de buena voluntad, quiso á ejemplo de su divino Maestro, comunicarse directamente con sus súbditos, á los cuales llamaba sus queridos hijos: y no queriendo entorpecer el curso de los negocios del Estado, eligió un dia por semana para consagrarlo com-



pletamente á su pueblo: el jueves fué el día de audiencia, accesible á todos, sin distinguir rango ni posición: su voz consuela, su mirada ilumina; y su mano llena de gracias, se extiende sobre todos igualmente con amor.

«De esta suerte realiza los votos que el marqués de Azeglio formula en un pequeño folleto, publicado cuando la impotente insurrección de Rímini, y cuyo éxito fué considerable. Después de deplorar las fatales é infructíferas tentativas de la insurrección, el ilustre escritor, dirigiéndose al papa Gregorio XVI, se expresaba de esta suerte: «Santísimo Padre, sed todavía mas absoluto de lo que sois, si es posible; pero que sepamos claramente cuál es la voluntad de vuestro gobierno, y sobre todo, que se nos conceda fácil acceso á vuestra presencia...»

«Mas tarde Pio IX reforma, confundiéndolos el uno con el otro, los dos tribunales; disminuye el impuesto sobre la sal y suprime el de las patentes; ocupado sin cesar en las mejoras administrativas y del cuidado de los negocios, crea una junta nacional, bajo la presidencia del cardenal secretario de Estado. Los preámbulos de todos estos actos, llevan el sello del espíritu de justicia, de caridad, de inteligencia y de amor que se notan en todos sus escritos. Bajo la pluma reformadora, el presente nunca se constituye en acusador del pasado; á cada una de sus obras asocia el hecho á la intención, invoca la memoria de su antecesor, y la comunica á los actos de su corazón paternal. Al ocuparse de la felicidad de su pueblo, realiza, dice, los votos, los deseos y las esperanzas de Gregorio XVI; y á veces aún se disipa en la abnegación, y se mira como el instrumento del pensamiento yerto por la muerte el 9 de Julio de 1846, en la celdilla pontificia del Vaticano.

«Por aquel tiempo un periódico que mas tarde se transforma en el *Monitor* de la revolución, publica su primer número hipócritamente calcado en las instrucciones secretas de Mazzini. Nada mas hábil que el programa de *El Contemporáneo*. Después de declarar solemnemente, que rechazaba á los hombres impacientes y ávidos de novedades, que en un día querían realizar las reformas que el tiempo solo podía traer sin peligro, el periodista hizo un llamamiento á la juventud instruida, convidándola á una santa Cru-

zada contra el error y convocándolos en su redacción, les abre en sus columnas el campo cerrado del pensamiento que antes de poco ¡ay! fecundizado por el crimen, será la ardiente arena de las mas desordenadas pasiones.

«Mientras que aguarda el día que se transformará en club republicano, la redacción de este periódico es una piadosa sacristía, donde las hipócritas sociedades secretas organizan en una vasta escala las funciones, las fiestas, los paseos á la luz de las antorchas, las procesiones al Quirinal, las ovaciones populares, las ceremonias hipócritas que deben sorprender la confianza del Soberano Pontífice. Preparados para todos los papeles y cortados para la obediencia pasiva, obraban los afiliados como un solo hombre, disfrazando su grito de rabia con las aclamaciones de un calculado agradecimiento. Enmascaraban su frente y su corazón y salían al tránsito de su bienhechor, y tirando de su carroza, hacían de cada calle un templo, de cada piedra un altar en honor del generoso Pio IX, al cual engañaban con sus pérfidas demostraciones. Y el pueblo siempre ávido de fiestas, el pueblo respondía á su llamamiento presentándose cubierto de flores en la plaza pública. Con la seda, el oro y el terciopelo engalana las fachadas de sus palacios y de sus casas, adorna las calles por donde debe transitar el papa, y hace retumbar el aire con sus aclamaciones de amor. Su corazón no tiene mas que un solo pensamiento, el de Pio IX; su pié no conoce mas que un solo camino, el del Quirinal; su voz no tiene mas que un solo grito, y es el de ¡Viva Pio IX!, porque ignora que este grito que sale espontáneamente de su corazón, sea la voz de orden de los traidores que meditan su perdición, para derrocar la Santa Sede.

«Adelantábase de esta suerte la revolución secreta y misteriosa por las calles de Roma, de ovación en ovación, cuando llegó el aniversario de la elección del Sumo Pontífice. Sterbini aprovechó esta circunstancia para sustituir el *himno de Pio IX*, por una cantata en honor de la jóven Italia. Esta cantata era enérgica y hermosa; el efecto de la forma, correspondía á la riqueza del pensamiento: la música que Magazzarri había compuesto, era arrebatadora: mas adelante fué la *Marsellesa* de Roma. Este nuevo *himno* encerraba bajo una forma velada, pero transparente, una provocación y casi un



grito de guerra, pues invitaba Roma á *sacudir su indigno polvo*.  
Scuoti, o Roma, la polvere indegna.

«Al igual de todos los pueblos, que bautizados para la gloria enriquecen su presente con el recuerdo de un brillante pasado, electrizados los romanos, acudieron al Quirinal cantando estas palabras y las estrofas idénticas que servían para desarrollarlas. Afligido el papa, rehúsa oírlos; pero el efecto se había producido ya...

«Los días siguientes, transcurrieron con aquella pesada y triste calma que suele preceder á las grandes tempestades. La situación era normal en apariencia, mientras que una vaga inquietud circulaba por la ciudad. Los rostros eran sombríos y las almas silenciosas. La actitud de la población denotaba la desconfianza y hacía presentir algún grave acontecimiento.

«Eran entonces los primeros días del mes de julio. Los jefes que obraban á tenor de las instrucciones de Mazzini, no dejaban escapar ocasión alguna de mover al pueblo, y resolvieron por lo tanto, celebrar de un modo pomposo el aniversario de la amnistía: uno de ellos, hombre enérgico y decidido, comprometido anteriormente en la revolución de 1831, llamado Antonio Lupi, se puso á la cabeza de los agitadores y activó los preparativos de la fiesta.

«Todo marchaba á medida de sus deseos, en tales términos, que los personajes más considerados de Roma, les prestaban de buena fé los recursos de sus fortunas.

«A este punto habían llegado las cosas cuando el día 5 de Julio, cediendo el Soberano Pontífice á las incesantes súplicas del príncipe Aldobrandini, prometió decretar bajo buenas bases la institución de la Guardia cívica.

«No sin alguna repugnancia hizo Pio IX esta nueva concesión á las exigencias de sus súbditos, porque en su clara inteligencia, conocía los peligros de esta espada de dos filos. Sabía que casi siempre inhábil la Guardia cívica para la salvaguardia del país contra la invasión extranjera, en manos de los perturbadores se transformaba en una poderosa palanca de destrucción. Por su parte, los miembros de las sociedades secretas comprendieron la importancia de esta nueva concesión, y consideraron desde entonces ganada la partida. No había fijado Pio IX la época de la organización de la Guardia cívica. Circunstancias imprevistas podían aplazar la

promesa del Santo Padre, y por lo tanto, era de suma importancia para los siniestros proyectos de los conspiradores, hacer que se realizara inmediatamente. Para conseguirlo, explotaron con habilidad la general inquietud que habían suscitado en los ánimos, redoblando la agitación de las masas populares. Durante la noche, hicieron fijar en las esquinas de la ciudad anuncios provocadores. Los nombres más respetables hasta entonces, se indican á las sospechas del pueblo, los carabineros que recorren las calles, se ven insultados, escarnecidos y silbados: son rechazados al querer que desaparezcan los pasquines que denuncian como conspiradores al cardenal Lambruschini, Monseñor Grasellini, el coronel Freddi, el capitán Alay de los carabineros etc., etc. La autoridad es desdicha, la fuerza pública impotente. De repente, el 14 de Julio, se esparce con la rapidez del rayo el rumor de que una espantosa conspiración amenaza la existencia ó la libertad de Pio IX y al pueblo en los derechos y beneficios que la mano generosa del Pontífice le había concedido. Roma se halla en vísperas de un horrible San Bartolomé: las armas están dispuestas; algunas horas más, y la campana del Capitolio dará la señal de la ejecución: corriendo de casa en casa y de calle en calle semejantes rumores, vuelan llevados por las alas del temor de un extremo á otro de la población, yendo en aumento á medida que se adelanta. No se trata ya de una conspiración, sino de una mortandad general. El partido llamado retrógrado está pronto: los carabineros y un gran número de oficiales, van á levantarse como un solo hombre para ametrallar al pueblo, usurpar el poder, constituir un Gobierno provisional, y llamar á los austríacos á los Estados, bajo el pretexto de reprimir la revolución. Pronto el grito de ¡á las armas! se deja oír; y príncipes, hacendados, proletarios y mercaderes, salen á la calle. Las patrullas se organizan; fórmanse retenes, las compañías se completan, danse los batallones jefes interinos, y en un momento los cuadros de la Guardia cívica quedan llenos, y solo les falta la sanción del Jefe supremo. Pio IX la otorgará cuanto antes nombrando general en jefe al príncipe Rospigliosi, y al duque de Rignano, jefe de estado mayor.

«Mientras triunfaban los verdaderos conspiradores, varios de los personajes designados á la cólera del pueblo, se ocultaban ó